

tados á una huerfanita pobre, y los demás parientes empezaron á creer que nada tenían que temer de nosotros, y que nuestro cariño á la princesa era verdaderamente noble y desinteresado; cesaron pues enteramente las tentativas de delación contra mí, y por espacio de dos meses pasamos una vida muy tranquila en la que me admiraba de ser casi feliz.

XX



o único que me inquietaba seriamente era ver siempre á nuestros alrededores al marqués Lorenzo de... que había logrado introducirse, no sé cómo, en casa de la princesa, y la divertía con sus cáusticas y maldicientes habladurías; luego se llevaba á Leoni á las otras habitaciones donde tenía con él largas conferencias de las que siempre salía Leoni con malísimo humor.—Aborrezco y desprecio á Lorenzo, me decía muchas veces; es el pícaro más redomado que calienta el sol; es un hombre capaz de todo.—Pedíale yo entonces que rompiera de una vez con él; pero á esto me respondía:—Eso es imposible, Julieta; tú no sabes que cuando dos malvados se han unido una vez, no se separan más que para enviarse mutuamente al patíbulo.—Estas siniestras palabras estaban tan poco en armonía con aquel hermoso palacio, en medio de nuestra apacible vida y casi á los oídos de aquella princesa tan amable y confiada, que al escucharlas toda la sangre se me helaba en las venas sin saber por qué.

Empeoraba en tanto de día en día la situación de nuestra

enferma, y pronto llegó el momento en que debía sucumbir infaliblemente. Vímosla irse apagando poco á poco, pero no perdió ni por un solo instante su presencia de ánimo, su humor festivo y sus amables discursos.

—¡Cuánto siento—decía á Leoni—que Julieta sea tu hermana! Ahora que voy al otro mundo, fuerza será que renuncie á tu amor, y no puedo ni desear ni exigir que me seas fiel después de mi muerte. Desgraciadamente harás mil calaveradas, y te enamorarás de alguna mujer indigna de ti. No conozco en el mundo mujer que te merezca más que tu hermana; es un ángel, y solo tú eres digno de ella.

Imposible me era resistir aquellas amables lisonjas, y mi cariño á aquella mujer iba siendo más vehemente á medida que la muerte la desprendía de nosotros. No quería yo creer que nos fuese arrebatada con toda su razón, toda su serenidad y en medio de una intimidad tan dulce; preguntábame á mí misma cómo haríamos para vivir sin ella, y no podía figurarme vacío entre Leoni y yo su gran sillón dorado, sin que mis ojos se cubriesen de lágrimas.

Una noche en que la estaba leyendo en alta voz no sé qué poeta italiano, mientras Leoni, sentado en la alfombra, la calentaba los pies con una paletina de ricas pieles, recibió una carta, la leyó rápidamente, lanzó un grito, y cayó desmayada.

Mientras yo volaba en su auxilio, cogió Leoni la carta y se enteró de su contenido: aunque la letra estaba desfigurada, fácilmente reconoció la mano del vizconde Chalm. Reducíase la tal carta á una delación contra mí, con varios detalles circunstanciados sobre mi familia, sobre mi rapto, sobre mis relaciones con Leoni, todo acompañado de mil odiosas calumnias contra mi carácter y mis costumbres.

Al grito que lanzó la princesa, Lorenzo, que andaba siempre á nuestro alrededor como un genio maléfico, entró no sé cómo, y Leoni, llevándole á un rincón de la estancia, le enseñó la carta del vizconde. Cuando se acercaron á nosotros, el marqués estaba muy sereno y tenía, como de costumbre, una sonrisa burlona en los labios; Leoni, sumamente agitado, le miraba con ansiedad como para pedir consejo.

La princesa seguía desmayada en mis brazos; el marqués al verlo, se encogió de hombros.

—Tu mujer es muy necia—dijo en voz bastante alta para que yo lo oyese;—su presencia aquí ya no sirve más que de estorbo; con que así puedes despacharla, diciéndola que vaya á buscar auxilio; todo corre por mi cuenta.

—¿Pero qué harás?—dijo Leoni con suma ansiedad.

—No tengas cuidado—respondió Lorenzo;—tengo yo hace mucho tiempo preparado un papelillo que llevo siempre conmigo... Pero echa de ahí á Julieta.

Leoni me pidió que fuese á llamar á las doncellas; obedecí y recliné suavemente la cabeza de la princesa sobre un almohadón, pero cuando iba yo á salir del cuarto, no sé qué fuerza magnética me detuvo y me obligó á volverme... Ví al marqués acercarse á la enferma como para socorrerla; pero su semblante me pareció tan odioso, el de Leoni tan pálido, que no tuve valor para dejar á aquella moribunda sola con ellos. No sé qué confusas ideas me pasaron por la cabeza; me acerqué temblando al lecho, y mirando á Leoni con terror:—¡Cuidado! ¡cuidado! le dije.—¿De qué?—me respondió con asombro, y es el caso que, á decir verdad, ni yo misma lo sabía, y que me avergoncé de la especie de locura que acababa de mostrar; las irónicas miradas del marqués acabaron de turbarme. Salí y volví un momento después con las doncellas y el facultativo, el cual halló á la princesa con una horrible crispación de nervios, y dijo que sería preciso hacerla tragar en el acto una cucharada de la poción calmante. En vano quisieron abrirle la boca.—Que esa señora se encargue de ello—dijo una de las doncellas designándome—la princesa no toma nada más que de su mano, y nunca rehusa las medicinas que le da.—Probé en efecto y la moribunda cedió lentamente; por efecto de la costumbre, me apretó la mano con suavidad al volverme la cuchara, luego extendió violentamente los brazos, se incorporó en su cama como si fuera á lanzarse en mitad del cuarto, y cayó muerta en su sillón.

Aquella muerte repentina me hizo una impresión tan terrible, que perdí el sentido y tuvieron que sacarme de la estancia. Estuve enferma algunos días, y cuando recobré mi razón, Leoni me anunció que ya me hallaba en mi casa; que se había abierto el testamento, y que no se había hallado en él la menor duda; que éramos propietarios de un soberbio patrimonio y de un palacio magnífico. Y á ti sola te debo todo

esto, Julieta mía—me dijo—y te debo además la dulzura de poder pensar sin vergüenza ni remordimiento en los últimos instantes de nuestra amiga, cuya amargura han mitigado tu sensibilidad, tu paciencia y tu angelical dulzura. ¡En tus brazos ha muerto esa rival á quien otra hubiera aborrecido! ¡y tú la has llorado como si hubiera sido una hermana! ¡Oh, eres buena, demasiado buena, sábelo Dios! Ahora goza del fruto de tu resignación; mira cuán feliz soy viéndome rico, y pudiendo darte todo el bienestar que necesitas.

—Calla, calla—le dije—ahora es cuando más me avergüenzo y sufro más. Mientras esa mujer estaba ahí, y la sacrificaba yo mi amor y mi orgullo, me consolaba conociendo que la tenía cariño, y que me inmolvaba por ella y por ti; ahora no veo más que lo bajo y odioso de mi situación. ¡Cómo deben despreciarnos todos!

—Te engañas mucho, amada mía—dijo Leoni;—todos nos saludan y nos atienden porque somos ricos.

Peró no gozó Leoni mucho tiempo de su triunfo; los coherederos que llegaron de Roma, furiosos contra nosotros, habiendo sabido los detalles de aquella muerte tan repentina, nos acusaron de haberla acelerado con el veneno, y pidieron, para aclarar sus dudas, que se desenterrase el cadáver; procedióse á la operación, y á la primera ojeada conocieron los médicos señales evidentes de un activo veneno.

—Somos perdidos—me dijo Leoni entrando en mi cuarto;—Ildegonda ha muerto envenenada, y todos nos acusan. No hay que preguntar quién ha cometido ese abominable crimen; ha sido Lorenzo, ó, por mejor decir, Satanás bajo la forma de ese infame. Mira cómo nos sirve; él está en seguridad, y nosotros nos hallamos en poder de la justicia.... ¿Te sientes con valor para saltar por la ventana?

—No—le dije;—soy inocente y nada temo; si eres culpable, ¡huyel!

—No soy culpable, Julieta—dijo echándome á su seno con vehemencia,—no me acuses cuando no me acuso yo; ya sabes que no suelo ser indulgente conmigo mismo.

Nos prendieron y nos encerraron en un calabozo; entablóse contra nosotros una causa criminal, pero fué menos larga y menos grave de lo que esperábamos; nuestra inocencia nos salvó. En presencia de tan horrible acusación, hallé en mi

toda la energía que da una conciencia pura; mi juventud y mi aire de sociedad me granjearon la benevolencia de los jueces desde el primer momento, y pronto quedé absuelta. El honor y la vida de Leoni estuvieron por más tiempo en peligro; pero era imposible, á pesar de todas las apariencias, hallar una sola prueba contra él, porque realmente no era



culpable, antes bien (y todas sus respuestas lo indicaban), aquel crimen que le imputaban le llenaba de horror; salió puro en fin de aquella acusación. De todos los lacayos hubo sospechas, y nadie pensó, ni aun remotamente, que el marqués fuera el culpable; parecía que no tenía el menor interés en aquella muerte, y había salido de Milán, sin que nadie hiciese alto en la singular coincidencia de aquella especie de fuga, con la muerte de la princesa. Pero apenas salimos de la cárcel, volvió á presentarse en el palacio é intimó á Leoni la orden de repartir con él la sucesión; declaró que todo se lo

debíamos á él, que á no haber sido por su osadía y la prontitud de su resolución, seguramente la princesa hubiera anulado el testamento. Leoni le hizo las más horribles amenazas, pero no por eso se asustó el marqués, pues tenía para ponerle á raya el asesinato de Henryet, cometido á su vista por Leoni, y podía arrastrarle á su pérdida; Leoni furioso se sometió á pagarle una suma considerable. Empezamos en seguida á ostentar un lujo desenfrenado, en términos de que arruinarse de nuevo, fué negocio para Leoni de seis meses. Veía yo sin pesadumbre disiparse aquellos bienes que había adquirido con vergüenza y dolor, pero me aterraba por Leoni la idea de la miseria que se nos acercaba á pasos agigantados; estaba persuadida de que no podría soportarla, y de que, para salir de ella, se precipitaría en nuevos extravíos y en nuevos peligros. Desgraciadamente era imposible hacerle tener un poco de juicio y de previsión; siempre respondía con caricias, ó con cuchufletas, á mis súplicas y á mis reconvenciones. Tenía quince soberbios caballos ingleses, mesa franca para toda la ciudad, y una comparsa de músicos á sus órdenes; pero lo que más aceleró su ruina, fué las enormes cantidades que tuvo que repartir entre sus antiguos compañeros para impedir que cayesen sobre él, y convirtiesen su casa en una caverna de bandoleros. Había obtenido de ellos que no ejercieran su industria en su casa, y para decidirlos á salir del salón cuando empezaban á jugar sus tertulianos, tenía que pagarles todos los días una especie de barato. Aquella intolerable dependencia le daba tentaciones á veces de huir del mundo, y de ir á esconderse conmigo en algún pacífico retiro; pero debo decir también que esta idea le aterraba aún más, porque el afecto que yo le inspiraba no era ya bastante activo para llenar su existencia toda. Siempre estaba cariñoso conmigo; pero, lo mismo que en Venecia, me abandonaba con frecuencia para saciarse de todos los placeres de la riqueza: hacía fuera de casa la vida más disoluta del mundo, y tenía una multitud de queridas de alto tono, á quienes hacía regalos magníficos, y cuya sociedad lisonjeaba su insaciable vanidad. Vil y sórdido para adquirir, era despilfarrado y espléndido en su prodigalidad; su voluble carácter mudaba con todos los vaivenes de su suerte, y con ellos mudaba también el amor que me tenía. En la agitación y el pesar que le causa-

ban los reveses de la fortuna, no teniendo más que á mí en el mundo para compadecerle y amarle, volvía á mí con delirio; pero en medio de los placeres me olvidaba y buscaba en otra parte más vivos goces. Yo sabía todas sus infidelidades; ya fuera por pereza, ya por indiferencia, ya por confianza en mis infatigables perdones, ni aun se tomaba el trabajo de ocultármelos, y cuando le echaba en cara la poca delicadeza de semejante modo de proceder, me recordaba mi conducta con la princesa Zagarolo, y me preguntaba si se había agotado ya mi misericordia. Lo pasado me encadenaba ya pues irremisiblemente á la paciencia y al dolor; pero lo más injusto, lo más cruel que había en la conducta de Leoni, es que creía como cosa indudable que debía yo hacer todos aquellos sacrificios sin sufrir, y que una mujer podía adquirir la costumbre de habituarse al tormento de los celos.

Recibí en esto una carta de mi madre que había recibido en fin noticias mías por conducto de Henryet, y que, al ir á ponerse en camino para reunirse conmigo, había caído peligrosamente enferma. Pedíame en su carta que fuese á asistirle, y me prometía recibirme sin reconvenciones y con gratitud; aquella carta era mil veces demasiado dulce y bondadosa. Yo la bañé con mis lágrimas, pero me parecía, á pesar mío, algo intempestiva; las expresiones que empleaba en ella rayaban ya en chocantes á fuerza de ternura y de humildad; en fin, ¿por qué he de ocultarlo? no era aquello el perdón de una madre generosa, sino la súplica de una mujer enferma y aburrida. Púseme al instante en camino, y la hallé á las puertas de la muerte; me dió su bendición, me perdonó y murió en mis brazos, recomendándome muy particularmente que la hiciese enterrar con un vestido que siempre le había gustado mucho.

quejidos de Henryet asesinado, y en la oscuridad de la prisión, donde por espacio de tres meses de angustias había es-

XXI



ANTAS fatigas, tantos dolores habían casi de todo punto agotado mi sensibilidad, de modo que apenas lloré la muerte de mi pobre madre; encerréme en su cuarto luego que sacaron el cuerpo, y allí quedé triste y abatida por espacio de muchos meses, ocupada únicamente en pensar en lo pasado, sin cuidarme en lo más mínimo del porvenir. Mi tía, que al principio me recibió muy mal, se sintió por fin conmovida en vista de aquel mudo dolor, que estaba más en armonía con su carácter que la expansión de las lágrimas; me prodigó en silencio algunas atenciones delicadas, y cuidó de que no me dejase morir de hambre. La tristeza de aquella casa que yo había visto tan lujosa y animada, convenía á la triste situación de mi alma. Veía entonces de nuevo los muebles que me recordaban los más frívolos incidentes de mi infancia;

comparaba aquellos tiempos en que un rasguño en mi dedo era la más terrible catástrofe que podía afligir á mi familia, con la vida infame y sangrienta que había llevado después. Veía por una parte á mi madre en el baile, y por otra á la princesa Zagarolo envenenada en mis brazos y por mi misma mano; el sonido de la música pasaba en mis sueños en medio de los



perado todos los días una sentencia de muerte, veía llegarse á mí, en medio del esplendor de las arañas y del perfume de las flores, mi fantasma vestido de crespón de plata y cubierto

de espléndidas pedrerías. Á veces, fatigada de estos confusos y espantosos sueños, describía las cortinas, me acercaba al balcón y tendía los ojos sobre aquella ciudad donde había sido tan feliz y tan cortejada, sobre aquel paseo donde había excitado tantas admiraciones y envidias. Mas pronto advertí la insultante curiosidad á que daba origen mi semblante pálido; parábase la gente bajo mis ventanas, se formaba en grupos para hablar de mí, señalándome casi con el dedo, y yo entonces me retiraba, corría las cortinas, iba á sentarme junto al lecho de mi madre, y permanecía allí inmóvil y desalada hasta que venía mi tía con su rostro apático y sus silenciosas pisadas á cogerme del brazo y llevarme á la mesa. Su conducta conmigo, en aquella circunstancia de mi vida, me pareció la más generosa y bien calculada del mundo; yo no hubiera escuchado consuelos; no hubiera podido tolerar las reconvenções, no hubiera creído en señales de estimación; el afecto mudo y la delicada compasión de mi tía me llegaron muy al alma. Aquella figura grave que pasaba silenciosa en derredor de mí, como un espectro, como un recuerdo del tiempo pasado, era lo único que no podía ni afligirme ni aterrarme; cogía yo á veces entre las mías sus manos secas y las estrechaba sobre mis labios durante algunos minutos, sin pronunciar una sola palabra, sin exhalar un suspiro. No respondía ella nunca á esta caricia, pero se estaba quieta sin impaciencia y no apartaba su mano de mis besos; mucho era para ella.

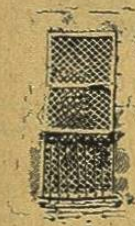
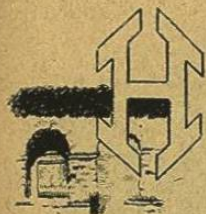
Ya no pensaba yo en Leoni más que como un terrible recuerdo que procuraba ahuyentar con todas mis fuerzas; volver con él era una idea que me hacía estremecer como la vista de un suplicio. No tenía yo ya bastante vigor para amarlo ó aborrecerle; nunca me escribía, y ni siquiera hacía yo alto en ello, pues no había contado jamás con sus cartas. Un día recibí una en que me anunciaba nuevas calamidades; habíase hallado un testamento de la princesa Zagarolo, cuya fecha era más reciente que la del nuestro. Uno de sus criados en quien tenía suma confianza, había sido depositario de aquel documento desde su muerte hasta aquel momento. Había hecho la princesa aquel testamento en la época en que Leoni la había abandonado casi del todo por asistirme á mí en mi enfermedad, y cuando había tenido más dudas sobre

nuestra fraternidad; luego había pensado en hacerle pedazos cuando se reconcilió con nosotros, pero como estaba sujeta á mil caprichos, había querido conservar los dos testamentos, á fin de tenerlos siempre á mano por lo que pudiera suceder. Leoni sabía en qué mueble estaba guardado el suyo, pero del otro sólo tenía noticia Vincenzo, el confidente de la princesa, el cual debía, según ella se lo mandara, destruirle ó conservarle; la infeliz no se esperaba una muerte tan violenta y tan repentina. Vincenzo, á quien Leoni había colmado de dádivas, y con quien estaba muy bien avenido en aquella época, no habiendo además podido saber la última resolución de la princesa, conservó el testamento sin decir nada á nadie, y nos dejó sacar partido del nuestro. Hubiera podido enriquecerse por aquel medio, amenazándonos con publicar su testamento reservado, ó vendiendo su secreto á los herederos naturales; pero no era interesado ni malo. Dejónos gozar de la herencia sin exigir ni aun más salario del que ya tenía; pero cuando dejó á Leoni, empezó á estar siempre de malísimo humor, y es de advertir que Leoni era brutal con sus criados, y que sólo mi indulgencia podía hacer que continuasen en su servicio por mucho tiempo. Un día se encolerizó Leoni hasta el punto de poner la mano en aquel anciano, que sacó al instante el testamento del bolsillo y le declaró que iba á presentarle á los parientes de la princesa: no hubo amenazas, súplicas, ni afectos que pudiesen aplacar su resentimiento. Llegó en esto el marqués y se resolvió emplear la fuerza para arrancarle el fatal papel; pero Vincenzo que, á pesar de su avanzada edad, era hombre de muchas fuerzas, le tiró al suelo, le pateó grandemente, y amenazó á Leoni con arrojarle por el balcón si se acercaba á él; en seguida completó su venganza sin piedad. Fué Leoni al punto desposeído de sus bienes y condenado á presentar todo lo que se había comido de la herencia; es decir, tres cuartas partes de ella por lo menos; incapaz de pagar, en vano intentó fugarse; fué metido en una cárcel, desde donde me decía no todos los detalles que acabo de referir, y que no supe hasta mucho después, sino en pocas palabras el horror de su situación. Si no acudía yo en su auxilio, era muy posible que gimiese toda su vida en el más horrible cautiverio, porque ya ni aun tenía medios para procurarse el bienestar de que hubiéramos podido ro-

dearnos en la época de nuestra primera reclusión: sus amigos le abandonaban y se daban tal vez el parabién de verse libres de él. Carecía absolutamente de todo recurso en una especie de calabozo húmedo, donde ya le devoraba la fiebre: la justicia había vendido todas sus alhajas y hasta sus ropas, y apenas tenía con qué guarecerse del frío.

Al instante me puse en camino. Como nunca había sido mi intento establecerme en Bruselas y sólo me detenía allí con preferencia á otro punto cualquiera la pereza del dolor, hacía medio año, fui convirtiendo poco á poco en dinero todo mi patrimonio: muchas veces había formado el proyecto de emplearle en fundar un hospital de arrepentidas y en él tomar el velo de religiosa. Otras veces había pensado en poner aquel dinero en el banco de Francia, reduciéndole á una renta inalienable á nombre de Leoni, que le preservase para siempre de la necesidad y de las bajezas que eran en él su consecuencia inmediata; pensaba no quedarme más que con una módica pensión vitalicia, é ir á encerrarme sola en el valle de la Suiza, donde el recuerdo de mi felicidad pasada me hubiera ayudado á sobrellevar el horror de la soledad. Pero cuando supe la nueva desgracia en que había caído Leoni, sentí despertarse en mi alma con más energía que nunca mi amor y mi desvelo verdaderamente fraternal por su suerte; puse todo mi capital en casa de un banquero de Milán, y sólo me quedé con lo necesario para duplicar la renta que había legado mi padre á mi tía, lo que hice dejándola, con gran satisfacción suya, la casa que habitábamos y en que ella había pasado la mitad de su vida. Tomadas estas disposiciones, me puse en camino para reunirme con Leoni. No me preguntó mi tía dónde iba; bien lo sabía la infeliz: no procuró hacerme mudar de resolución; no me dió gracias por mi generosidad; sólo me apretó la mano. Pero, al volver la cara, ví deslizarse lentamente sobre sus rugosas mejillas las primeras lágrimas que la había visto derramar en su vida.

XXII



ALLÉ á Leoni en un estado horroroso; estaba macilento, lívido y casi loco. Aquella era la primera vez que se había visto realmente miserable y abatido: hasta entonces no había hecho mas que ver desmoronarse poco á poco su opulencia, buscando y hallando al mismo tiempo los medios de restablecerla. Sus desastres en este género habían sido grandes; pero la industria y la suerte nunca le habían dejado por mucho tiempo entregado á las privaciones de la indigencia: su fuerza moral no le había abandonado jamás, pero quedó vencido cuando le abandonó su fuerza física. Halléle en un estado de irritación nerviosa que se parecía á la rabia. Salí por fiadora de su deuda, y no fué difícil presentar las pruebas de mi solvencia, pues las llevaba conmigo; no entré pues en su prisión mas que para sacarle de ella. Tan violenta fué su alegría que fué preciso llevarle en brazos al coche; estaba desmayado.

Fuímos á establecernos en Florencia, donde le proporcioné todas las comodidades que pude con mis cortas facul-

tades, pues me quedó muy poco después de haber pagado todas sus deudas. Consagré desde entonces todos mis desvelos en hacerle olvidar los sufrimientos de su prisión; su robusto cuerpo se restableció muy en breve, pero su ánimo quedó enfermo; los terrores de la obscuridad y las angustias de la desesperación habían hecho una impresión profunda en aquel hombre activo, emprendedor, acostumbrado á los



goces de la riqueza ó á las agitaciones de la vida aventurera. La inacción le había quebrantado, le había dejado continuamente expuesto á miedos pueriles, á terribles violencias. No podía ya soportar la menor oposición á sus deseos, y lo más cruel era que me hacía pagar á mí todas las que yo no podía evitarle; ya había perdido aquella energía de voluntad que le hacía mirar impávido el más precario porvenir. Entonces le aterraba la idea de la pobreza, y todos los días me preguntaba con qué recursos podríamos contar cuando se acabaran los que aún teníamos, y yo no sabía qué responderle, porque no menos que á él, me aterraba la idea de nuestra próxima miseria. Llegó en efecto este cruel momento; entonces me dediqué á pintar á la aguada pantallas de quinqués y de chi-

meneas, abanicos, cajas de tabacos y otros pequeños muebles de madera de Spa: trabajando doce horas al día, ganaba treinta ó cuarenta reales. Aquello hubiera bastado seguramente para mis necesidades, pero para Leoni era la más profunda miseria. Siempre deseaba á la vez mil cosas imposibles, y se quejaba con amargura, con furor, de no ser rico; muchas veces me reconvenía exasperado porque pagué sus deudas y no me escapé con él llevándonos todo el dinero, y me veía precisada para apaciguar su rabia, á probarle que me hubiera sido imposible sacarle de la cárcel cometiendo aquella villanía. Asomábase á la ventana y maldecía con horribles juramentos á los ricos que pasaban en coche; me enseñaba sus vestidos raídos y me decía con un acento imposible de reproducir: —¿Con que no puedes darme otros? ¿Con que no quieres dármelos?— Acabó por repetirme con tanta frecuencia que yo podía sacarle de aquella miseria y que tenía el egoísmo y la crueldad de dejarle en ella, que le creí loco, y renuncié á la empresa de hacerle entender la razón: nada le respondía cuando tocaba este punto, y le ocultaba mis lágrimas que no hacían más que irritarle; creyó que yo comprendía abominables sugerencias, y calificó mi silencio de feroz indiferencia y de obstinación imbécil. Muchas veces me trató indignamente, y aun me hubiera muerto si no hubieran venido á socorrerme. Verdad es que, cuando se le pasaban aquellos arrebatos, se arrojaba á mis pies y me pedía perdón llorando como un niño; pero yo evitaba en lo posible aquellas escenas de reconciliación, porque el enternecimiento causaba una nueva sacudida á sus nervios, y provocaba la repetición de la crisis. Cesó en fin aquella irritabilidad, y á ella sucedió una especie de desesperación sombría y estúpida, más horrible todavía; mirábame con ojos adustos, y parecía abrigar contra mí un oculto rencor y terribles proyectos de venganza. Á veces despertándome en mitad de la noche, veíale en pie junto á mi lecho, echándome siniestras miradas; creía que iba á asesinarme y prorrumpía sin poder remediarlo en gritos de terror, pero él se encogía de hombros y se volvía á su cama riendo con expresión insensata.

Esto no obstante, yo le amaba aún, no ya tal cual era, sino á causa de lo que había sido y de lo que aún podía volver á ser. Había momentos en que yo esperaba que se efectuaría

en él una feliz mudanza y que saldría de aquella crisis renovado y corregido de todas sus malas inclinaciones, porque á decir verdad, ya ni procuraba al parecer satisfacerlas, ni echaba de menos ni deseaba cosa alguna. Casi siempre tenía clavados los ojos en mí con una expresión tan extraña, que me daba miedo el verle; yó no me atrevía á hablarle, pero imploraba su compasión con miradas suplicantes. Entonces me parecía que sus ojos se humedecían de lágrimas, y creía oír exhalar de su pecho un imperceptible suspiro; luego volvía la cabeza como si hubiera querido ocultar ó sofocar su dolorosa agitación, y quedaba en una especie de inercia profunda. Yo me imaginaba que hacía entonces saludables reflexiones, y que pronto me abriría su corazón para decirme que había entrado en él el odio al vicio y el amor á la virtud.

Todas mis esperanzas se desvanecieron cuando ví de nuevo á nuestros alrededores al marqués Lorenzo de... Nunca entraba este hombre en mi cuarto porque sabía el horror que me inspiraba su presencia, pero pasaba por debajo de nuestras ventanas, y llamaba á Leoni ó daba un golpecito en mi puerta de cierto modo para avisarle; entonces Leoni salía con él, y estaba mucho tiempo fuera de casa. Un día los ví pasar muchas veces por delante de mi ventana, acompañados del vizconde de Chalm. Leoni es perdido, dije para mí, y yo también: algún nuevo crimen va á cometerse á mi presencia.

Volvió Leoni por la noche bastante tarde, y al separarse de sus compañeros en la puerta de la calle, le oí pronunciar estas palabras:—Pero le diréis que estoy loco, absolutamente loco, y que á no ser por eso, jamás hubiera consentido..... Bien debe ella saber que la miseria me ha hecho perder la razón.—No me atreví á pedirle ninguna explicación, y le serví su modesta cena, de que no probó ni un bocado; púseme á atizar el fuego convulsivamente y me pidió éter; bebió una gran dosis, se metió en la cama, y me pareció que se quedaba dormido. Todas las noches me quedaba yo trabajando hasta que me rendían el sueño y el cansancio; aquella noche me sentí tan cansada, que me dormí al dar las doce. No bien me había acostado cuando oí un leve rumor, y me pareció que Leoni se vestía para salir. Llaméle y le pregunté qué hacía.—Nada, me dijo; me canso de estar en la cama y voy á levantarme; espérame;... pero temo la luz, porque ya

sabes que me ataca los nervios y me da terribles dolores de cabeza; apágala.—Cubrí al instante el quinqué con la pantalla y bajé la mecha, pero sin apagarla.—¿Está ya? me dijo, pues ahora voy, espera un momento.—Aquella muestra de cariño que no me había dado hacia mucho tiempo, hizo palpitár mi pobre corazón de alegría y de esperanza; esperé que la vuelta de su ternura traería también la de su razón y su conciencia. Vino Leoni á echarse en mis brazos abiertos para recibirle, y me estrechó en ellos con frenesí, haciéndome las más tiernas caricias; pero en el mismo instante, un sentimiento de desconfianza que me fué enviado por la protección del cielo, ó por la delicadeza de mi instinto, me hizo pasar la mano por la cara del que me tenía abrazada. Leoni se había dejado crecer la barba y el bigote desde que estuvo enfermo, y mis manos hallaron un rostro delicado y liso. Lancé un grito y le rechacé con violencia.

—¿Qué tienes?—me dijo la voz de Leoni.

—¿Te has quitado las barbas?—le pregunté.

—¿Pues no lo ves?—me respondió.

Pero entonces advertí que la voz me hablaba desde cierta distancia, al mismo tiempo que otra boca buscaba la mía.

Desasíme con la fuerza que dan la cólera y la desesperación, y lanzándome al extremo opuesto de la estancia, levanté precipitadamente la mecha del quinqué y ví á lord Edwards sentado en el borde de mi cama, estúpido y confuso (creo que estaba borracho) y á Leoni que se acercaba á mí mirándome con ojos desencajados.

—¡Miserable!—exclamé.

Lo que me dijo entonces Leoni hizo en mí una impresión tan terrible, que perdiendo la cabeza con el miedo y la vergüenza, me arrojé por la ventana á peligro de matarme; recogieronme algunos soldados que pasaban por allí á la sazón y me llevaron exánime á la casa, de donde ya habían salido Leoni y sus cómplices cuando volví en mí, declarando que me había tirado por el balcón en un arrebato de calentura cerebral, mientras ellos habían pasado á otro cuarto para buscar socorros, y mostrando en sus declaraciones la mayor consternación. Leoni se quedó junto á mi cabecera hasta que el cirujano que me asistía declaró que no tenía ninguna frac-

tura; entonces salió diciendo que pronto volvía, y nunca más le he vuelto á ver.

Aquí terminó Julieta su historia, y quedó rendida al peso del cansancio y la tristeza.

—Entonces fué, hija mía—la dije—cuando hice conocimiento contigo. Yo vivía en el piso principal de la misma casa; la relación de tu caída me inspiró la más viva curiosidad; pronto supe que eras joven y digna del mayor interés; que Leoni, después de haberte tratado infamemente, te había abandonado en fin moribunda y en la más completa miseria. Quise verte; me acuerdo que estabas delirando cuando me llegué á tu cabecera. ¡Oh! ¡cuán hermosa estabas, Julieta, con tus hombros desnudos, tu cabello tendido, tus labios ardientes con el fuego de la calentura, y tu rostro animado por la energía del dolor! ¡Cuán hermosa me pareciste también, cuando, abatida por la fatiga, caíste sobre tu almohada, pálida y débil como una rosa blanca que se deshoja al ardiente calor de mediodía! No pude arrancarme de tu lado; sentíme subyugado por una irresistible simpatía, y arrastrado por un interés que nunca había sentido; hice venir los primeros médicos de la ciudad, y te procuré todos los auxilios de que carecías. ¡Pobre niña abandonada! yo pasé las noches junto á tu lecho, ví tu desesperación, comprendí tu amor.

Yo nunca había amado; me parecía que ninguna mujer podría corresponder á la pasión que yo era capaz de sentir: buscaba en vano un corazón tan ferviente como el mío; desconfiaba de todos los que empezaba á tantear, y pronto reconocía lo acertado de mi cautela, viendo la sequedad y ligereza de aquellos corazones femeniles. El tuyo me pareció el único que podía comprenderme; un corazón capaz de amar y sufrir como tú habías amado y sufrido, era la realización de todas mis ilusiones. Deseé, sin contar mucho con ello, obtener tu cariño; pero lo que me dió la presunción de procurar consolarte, fué la certidumbre que sentí en mí de amarte sincera y generosamente. Todo lo que tú decías en tu delirio me hacía conocerte tanto como te he conocido después de nuestra intimidad; conocí que eras una mujer sublime en las oraciones que dirigías al Señor en alta voz, con un acento lleno de una dulzura y santidad inefable.—¡Implorabas el perdón para

Leoni, siempre el perdón, jamás la venganza! Invocabas las almas de tus padres y les decías en trémula voz con qué amargura habías expiado tu fuga y tu dolor: á veces me tomabas por Leoni, y me lanzabas terribles reconvenciones; otras veces te creías con él en Suiza, y me estrechabas á tu seno con delirio. Fácil me hubiera sido entonces abusar de tu error, y el amor que se encendía en mi seno convertía para mí en un verdadero suplicio tus caricias insensatas; pero antes hubiera muerto mil veces que sucumbir á mis deseos, y la infamia de lord Edwards, de que hablabas á cada momento, me parecía la más insigne bajeza que pudiera cometer un hombre. Tuve en fin la dicha de salvar tu vida y tu razón, Julieta mía; desde entonces, mucho he sufrido, mucho; pero también he sido muy feliz.

Acaso soy un loco en no contentarme con la amistad y la posesión de una mujer como tú, pero mi amor es insaciable; yo quisiera ser amado como lo fué Leoni, y te atormento con esta desmedida ambición. ¡Sé que no tengo su elocuencia y sus atractivos, pero te amo, te amo con todo mi corazón! Yo no te he engañado, Julieta, yo no te engañaré jamás... ¡Julieta, Julieta! ¿Cuándo me amarás como tú sabes amar?

—¡Ahora y siempre! me respondió;—me has salvado, me has hecho recobrar la razón, y me amas. ¡Sí, sí! mal hice, lo conozco ahora, en amar á semejante hombre; todo lo que acabo de referirte me ha hecho ver de nuevo mil infamias tuyas que ya casi había olvidado. Ahora lo pasado sólo me inspira horror; bien has hecho en dejarme que te lo contara todo, porque ya me siento más serena, y bien conozco que ya no puedo amar su memoria. Tú eres mi único amigo, mi salvador, mi hermano y mi amante...

—Di también tu marido, yo te lo suplico, Julieta!...

—Mi marido si quieres—dijo echándome los brazos al cuello con una ternura que nunca me había manifestado, y con tanta vivacidad, que me arrancó lágrimas de alegría y de gratitud.